

EL ECO FRANCISCANO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

PADRES FRANCISCANOS

SANTIAGO DE GALICIA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN AL AÑO

Ordinaria	35 pesetas
De bienhechor	50 »
Bienhechor insigne ..	100 »
Extranjero	1 dólar

«EL ECO FRANCISCANO» llega a todos los rincones de España y del extranjero.

«EL ECO FRANCISCANO» es la mejor revista para todo Terciario franciscano y para toda persona que quiera estar al tanto, en poco tiempo y con poco dinero, de todo lo que significa franciscanismo y cristianismo en el mundo actual.

«EL ECO FRANCISCANO» publica trabajos de actualidad muy amenos e instructivos para toda clase de personas. Páginas especiales de *Ascética*, *Cuestiones sociales*, *Conocimientos útiles*, *Consultorio canónico-moral*, *La mujer y el hogar*, *Literatura clásica*, *Página franciscana*, *antoniana*, *amena*, etc.

Una Revista, en fin, de solera, que se hace amable e instruye deleitando.

Hágase usted suscriptor y propagandista entre sus amistades. Hable bien de ella y relate lo que más le haya interesado. Difunda usted el bien, ya que tantos se dedican a propagar el mal.

PODEMOS SERVIR

Vida de San Antonio	7 ^{rs} — pesetas
Vida abreviada de San Antonio	2 ^{rs} — »
Devociones antonianas. Contiene todas las devociones con que se suele obsequiar a San Antonio	3 ^{rs} —
Novena a San Antonio	2 ^{rs} — »
Trece Martes en honor de San Antonio	2 ^{rs} — »
Trece Minutos en presencia de San Antonio (100)	15 ^{rs} — »
Devocionario de San Antonio (P. M. Fernández)	30 ^{rs} — »
Estampitas de San Antonio con Responsorio (cien)	8 ^{rs} — »
La Juventud Antoniana en la vida social	15 ^{rs} — »
La Juventud Antoniana, Pía Unión y Pan de los Pobres	2 ^{rs} — »
San Antonio de Padua (composición teatral)	2 ^{rs} — »

Pídanse al

ADMINISTRADOR DE "EL ECO FRANCISCANO"

SANTIAGO DE COMPOSTELA (Coruña)

AQUI, SAN ANTONIO

Revista Oficial de la PIA UNION DE SAN ANTONIO
 Voz de la JUVENTUD ANTONIANA y del PAN DE LOS POBRES
 PP. FRANCISCANOS - SANTIAGO (Coruña-España)
 DEPÓSITO LEGAL C - 99



TEMARIO:

Invitación a la felicidad
 Luces antonianas
 El jefe de los frailes
 La visita de las arañas
 Una carta y un novio
 La "princesa Ratita"
 La mamá y sus 25 hijos
 Para ellas
 Vida e historia
 Los corderitos perdidos
 Todas las religiones
 son buenas
 Mi novelita del mes
 Los niños y S. Antonio
 Gratitud a S. Antonio
 Bocadillos de risa

Año VI - Núm. 70

DICIEMBRE

1958

INVITACION A LA FELICIDAD

TODOS la buscamos: pocos la asimos.
 Hay un recio contraste entre lo universal de la persecución y lo excepcional de la conquista. Viva advertencia de que buscamos por donde no es.

Buscamos, a menudo, por el camino del dinero. Y el dinero puede contribuir, en cierta dosis, a la felicidad; pero no la constituye.

Cosa íntima incoercible, inmateral, que no puede comprarse ni venderse, la felicidad es asunto del alma. Y las felicidades más profundas —las del amor auténtico, las de la paternidad, las del goce estético, las del magnánimo sacrificio— son gratuitas e irreductibles a moneda.

No me cuesta nada este crepúsculo fastuoso, ni este embrujo musical, ni este decir sabroso de Cervantes, ni este beso de mi hija, ni este árbol que ennoblece la dulzura de la tarde, ni esta página de Chesterton, ni esta delicadeza de que me está hechizado. Dios: Todo lo más a

BIBLIOTECA PUBLICA DA CORUÑA



0044128

hondo, no puede adquirirse por dinero: gratuitamente se goza.

Y es frecuente que el pobre sea más feliz que el rico. La sensibilidad se embota con la abundancia, se aguza con la sobriedad: disfruta más con el juguete esporádico el niño humilde, que el opulento con el hartazgo de juguetes caros. De ricos aburridos está aburrido el mundo.

* * *

Pero hablo de pobreza, no de miseria. Porque claro que los duelos con pan son menos, y que el hambre tiene cara de hereje. La miseria implica dolor físico y dolor moral. ¿Cuál mayor que el de quien no puede alimentar a su hijo, curar a su enfermo?

El dinero preciso para no estar en la miseria, contribuye a la felicidad. Contribuye, tam-

bién, el que nos da aquellas comodidades exteriores que facilitan el bienestar interior y ayudan al concierto del espíritu.

Pero nada de esto requiere exceso: el mucho dinero no sirve para la felicidad, y aun suele acarrear infelicidad por las ociosidades, avideces, zozobras, pleitos, hartazgos, que en el noventa y nueve por ciento de los casos provoca.

Cuando es mucho, tiende siempre el dinero a ser amo: y sólo puede colaborar a nuestra dicha siendo servidor.

Siendo servidor, una de las grandes alegrías que nos da, es darlo: y aun en esta práctica jubilosa de la generosidad, los humildes exceden a los opulentos. Paradójico, pero exacto.

ALFONSO JUNCO

Aquí, San Antonio

desea a sus colaboradores, operarios, suscriptores, propagandistas, anunciantes, lectores y admiradores muy felices Pascuas de Navidad y un dichoso Año Nuevo.

Luces Antonianas

1.ª ¿Sabe usted por qué a S. Antonio le cuestan tan poco los milagros?

1.º—A usted se le ocurre enseguida la respuesta. Los milagros no los hacen los santos; sólo Dios —Autor de la Naturaleza—, puede actuar sobre sus leyes, suspendiéndolas o modificándolas en cualquier sentido. Lo que los santos hacen es servirnos de intermediarios para llevar nuestras plegarias a Dios y traernos sus gracias. Por lo tanto, cuanto más cerca esté un santo de Dios, al ser más corto el recorrido, tanto más rápidamente hará llegar nuestros ruegos hasta el Altísimo y su respuesta hasta nosotros. Ahora bien, como San Antonio está tan cerca de Dios... ¿no lo ve con el Niño en brazos, apretándolo contra su corazón? No necesita ni decírselo; le basta con musitárselo en voz baja al oído... y ya está. ¿No le parece?

2.º—La superstición está a veces en empeñarse en conseguir novio «a cualquier costa». Como si el matrimonio fuese la solución de todos los problemas, cuando es más bien la raíz de innumerables nuevos ídem. Pero de todos modos, si alguien cree tener vocación para el santo estado del matrimonio, hará bien en pedir a San Antonio su ayuda para llegar a él. Y una de las ayudas más importantes es la de la consecución de novio. San Antonio ha demostrado que es un eficaz abogado también para esos menesteres.

3.ª ¿Cómo curó una vez a un rengo amenazándole con una pedrada?

3.º—Cuentan que en el Cairo un mahometano super-rengo, oyendo hablar de los milagros de San Antonio, fué a pedirle el eficaz uso de sus dos extremidades inferiores. El Santo se hacía el sordo, y entonces el musulmán, indignado por la «estafa», agarró una piedra y la tiró contra la imagen de San Antonio. Con ojos desorbitados vió de inmediato el infeliz que el Santo se agachaba a agarrar la piedra en ademán de lanzarla contra él. Enloquecido de espanto, quiso huír... y huyó corriendo como un galgo, sin el más ligero recuerdo de la pasada renguera, mientras San Antonio, una vez realizado el milagro a favor de su «devoto» suplicante, recobraba su serena postura habitual. Original sistema, ¿verdad?

2.ª ¿Es superstición pedirle novio?

4.º—Es verdad: San Antonio «colgó los hábitos» y se fué del convento. Pero esta «apostasía» la hizo, no seducido por los engaños del mundo, sino para entregarse a una vida religiosa más ferviente. Era canónigo agustino; al oír hablar del ideal franciscano, abandonó el monasterio de Santa Cruz y su hábito agustino, para vestir el sayal de San Francisco en el eremitorio de San Antón.

4.º ¿Es cierto que en cierta ocasión «colgó los hábitos» de fraile y abandonó el convento?

5.º ¿Qué hay de cierto en eso de que es interesado?

5.º—Interesados son los que acusan de tal después de haber recibido sus favores. Ellos tienen «interés» en conseguir algo que les afecta vitalmente; les fallan todos los medios; entonces recurren a San Antonio para que les saque las castañas del horno. El Santo, que tiene una clientela numerosísima de pobres desamparados de todo socorro, se aviene a conceder la gracia, pero, en cambio, suele querer que el solicitante, en agradecimiento ayude a sus pobres, se desprenda de algo que él tiene de más a favor de los que carecen de todo. Según la cuantía de la gracia, debe ser la gratitud. ¿Quién es aquí el interesado: el que toma con una mano para dar con la otra a los pobres, o el rico, que, con tal de conseguir cien, se aviene a entregar diez?

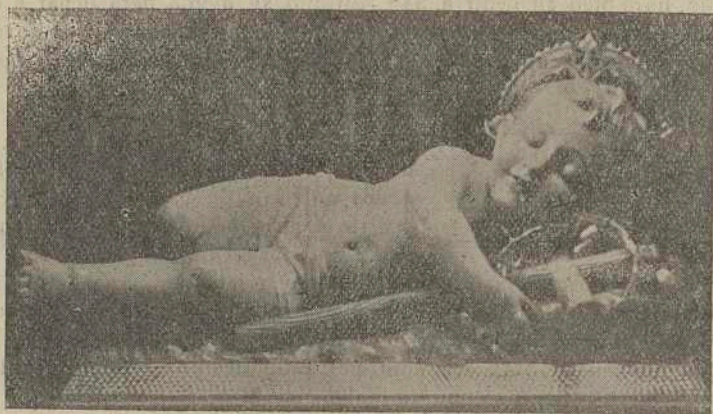


Imagen del Niño Jesús que se venera en la iglesia de PP. Franciscanos de Santiago

EN marzo de 1957 estaba en pleno desarrollo en Fano (Italia), la propaganda de los partidos en vistas a las elecciones administrativas, que tenían que ser repetidas porque el Consejo comunal estaba dividido entre 20 consejeros comunistas y 20 de sus adversarios; una situación de parálisis crónica que había desembocado en una nueva consulta. El obispo de Fano (Ancona), pidió la colaboración de los llamados «frailes volantes» del cardenal Lercaro, famosos por sus discusiones en las plazas y calles con los oradores comunistas. Precisamente Fr. Tommaso era el jefe de estos religiosos que oponían al dinamismo de los «rojos» métodos igualmente vivaces. El P. Toschi, franciscano, dos veces laureado, de 36 años de edad, aspecto robusto, tenía a su servicio a 18 religiosos de nueve Ordenes diferentes; la ofensiva que conducía contra los comunistas le valió el nombre de «fraile del asalto».

EL JEFE DE LOS FRAILES

La tensión del momento, la exaltación de los ánimos, la dureza de la lucha debían conducir casi inevitablemente a algún incidente, incluso porque el P. Toschi seguía sistemáticamente los itinerarios propagandísticos del secretario local del partido comunista. La tarde del 20 de mayo estaba anunciado

en Fano un comicio comunista, rápidamente el P. Toschi puso en programa uno suyo. El comunista habló demasiado, superando los límites que, según la costumbre, se ponen los oradores en el curso de las campañas electorales, a fin de consentir un coloquio con exponentes de otros grupos. Por medio de un altavoz, el religioso, de forma educada, pidió que acabase ya el secretario rojo. Hubo pleito. Cuando se celebró el juicio, en marzo último, y el Padre fue condenado, el cardenal Lercaro quiso enviarle una carta confiriéndole oficialmente la presidencia del Centro para las «misiones en el interior» de la diócesis (se trataba de darle solemnemente el cargo de jefe de los «frailes volantes»). El cardenal confiaba en que la condena no fuese definitiva. Ahora, según la ley italiana, que establece una pena de 1 a 3 años de reclusión a cualquiera que entorpezca reuniones electorales públicas o privadas, la sentencia ha sido confirmada, el P. Toschi, O. F. M., deberá pagar los gastos del nuevo juicio, en el que se le ha impuesto la pena de 8 meses de reclusión por ciertos atenuantes.

La visita de las arañas

SUCEDIÓ una víspera de Navidad. En el gran salón, cerrado con doble vuelta de llave para evitar que entrasen en él los niños, se alzaba el Arbol de Navidad cargadas sus ramas de velitas, arandelas, brillantes bolas de varios colores, frutas escar-chadas. Todos los habitantes de la casa —con la sola excepción de los niños— habían podido contemplar el árbol. El perro y el gato, el canario y hasta el mismo ratoncito gris, venciendo su miedo al gato, habían acudido a echar una ojeada. Unicamente las arañas no lo habían podido admirar ya que la casa había sido limpiada de arriba abajo y las telas de araña hechas desaparecer cuidadosamente con el plumero.

Las arañas fueron a ver al Niño Jesús.

—Querido Jesusito —le dijeron— estamos muy tristes. Todos los moradores de la casa han visto el Arbol de Navidad; los niños lo verán mañana y nosotras no podemos entrar allí; cuando podamos volver ya todo habrá terminado y nos quedaremos sin verlo.

Comprendió el pequeño Jesús la aflicción de las arañas y que todos los animales que pueblan la Tierra tenían derecho a un día de felicidad y a gozar de un destello de la Navidad. Por ello les autorizó a entrar en el salón. Por la tarde, una enorme procesión de arañas invadió el árbol recorriéndolo en todas direcciones para verlo mejor. Una vez curioseado todo se retiraron al desván. A medianoche descendió el pequeño Jesús para dejar los regalos en la chimenea y dió una mirada al árbol.

¿Qué es lo que vió? Un árbol cubierto de telas de araña aprensado en una red sucia y gris. Ahora bien, el Niño Jesús sabía que las mamás y los niños detestaban las telas de araña.

Puso entonces su manita sobre los hilos de seda grises y éstos resplandecieron como oro y plata. Y el árbol cobró brillo envuelto en la luminosa red.

Desde entonces los árboles de Navidad lucen profusión de hilitos de oro.

—¡NO vuelvo a levantarme tan temprano para ir a misa!
—¡Ni yo! —secundó otra voz femenina.

—No sé a quién se le ocurre fijar una hora tan temprana para una misa de Dolores. Desde luego, que si no es por este compromiso de la tía, a mí no hay quien me levante hasta las once —volvió a decir malhumorada la primera.

—¡Con lo tranquila que se va a misa de doce!

Así dialogaban las dos hermanas mientras se despojaban de

UNA CARTA Y UN NOVIO

unos hermosos velos de blonda y dejaban sus respectivos y voluminosos misales de canto dorado sobre una consola.

—Pues nadie os ha mandado. La solución era sencilla, no haber ido —iterrumpió Gabriel, hermano de ambas, que en ese momento se ocupaba cuidadosamente de hacerse un nudo en la corbata—; ya me veís a mí, lo arreglo mejor que vosotras; no acudo a ninguna y santas pascuas.

—Claro, si tuvieras que enfrentarte con tía Eloisa, no dirías lo mismo —contestó una de ellas.

—Bah, tonterías...

—¿Te has fijado —dijo ésta a su hermana— en aquella chica que estaba rezando en el altar de San

Antonio? Debe ser la misma de la que nos habló Pepita. ¿Te acuerdas?

—Ya lo creo —asintió la otra—, la santurróna del barrio. Como que va todos los días a pedir un novio a San Antonio. ¡Pobrecilla! Por lo visto su Santo los tiene todos ocupados y ni siquiera le queda un jorobado.

Con una tremenda risotada de los tres celebraron el «chiste».

—Bueno —dijo Gabriel—, pero esas chicas son tontas. ¿Es posible que crean que San Antonio les va a proporcionar novio, teniéndolas encerraditas en la iglesia? ¡La verdad es que hay fanatismo!

—Anda, ya lo creo —contestó una de ellas—. Y tú sabes la de sacrificios que hacen a veces por conseguirlo.

—Pues es gracioso. ¡Se me ocurre algo fantástico! ¿Alguna de vosotras sabe cómo se llama esa chica y dónde vive?

—¿Qué te propones? —preguntó la mayor—. Te advierto, Gabriel, que aunque vayas a gastar una broma, es de las que no me gustan.

—Eso déjalo de mi cuenta. ¿Lo sabes o no?

—Pues el nombre, sí: María Luisa. Quizá sea esto lo más bonito de su persona, y la calle, ... es donde vive Pepita. Vive dos puertas más abajo, así que tiene que ser el número 32. Pero, por favor, Gabriel, dinos que es lo que vas a hacer.

—Nada, no es nada. Si es que lo hago, ya os lo diré.

II

—¿Eres tú, hija mía? —musitó una débil voz que salía de una alcoba donde apenas cabía una cama.

—Sí, mamá, soy yo. Vengo de misa, y al venir he entrado en la farmacia y he comprado un frasco

de jarabe de los que tan bien te vienen.

—Pero, hija, ¿con qué lo has pagado? Si tienes que trabajar demasiado para ganar el sustento de las dos, ¿por qué haces estos gastos?

—Tú no te preocupes. Ayer fui a entregar 200 cajitas que hice por la noche y me las han pagado muy bien.

—Bueno, hijita, no te digo nada. Tú lo haces todo bien, mas no sabes las ganas que tengo de curarme para ayudarte y darte una vida mejor. Cuando a veces pienso que Dios me puede llamar de un momento a otro, no sabes lo que sufro. ¡Si al menos te dejara colocada con un hombre honrado y que te hiciera feliz!... Entonces moriría a gusto. Mira, casi se me había olvidado: ahí encima de la mesilla hay una carta para ti. En tu ausencia ha llamado el cartero y una vecina la ha recogido y traído hasta acá.

—¿Una carta? A ver. Pues, sí: «Señorita María Luisa», sin apelli-

do siquiera... ¡Qué raro! ¿De quién podrá ser?

— —

—¿Quién te escribe, hija mía? Te la leeré fuerte; pero es una tontería. Una broma de mal gusto.

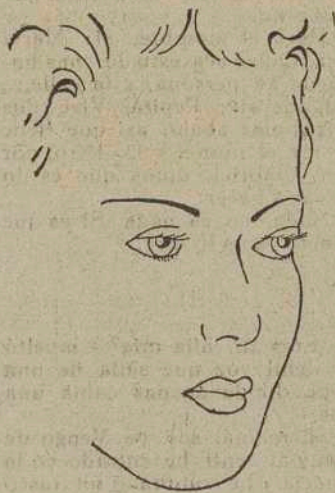
«Mi querida devota María Luisa:

He querido probar tu paciencia como Dios lo hizo con Job. He visto tal constancia en tus peticiones, que al fin me decidí a solucionar tu problema. ¡Ya tienes novio! Y no es manco, ni jorobado, ni deforme; es un chico ideal, buen mozo, gallardo. Todo llega en este mundo, y el que se empeña se casa. Ya es tuyo.

Puedes ir a recogerlo el domingo, a las cinco de la tarde, en el paseo de la Gran Vía. Lo reconocerás en seguida: viste traje azul, corbata encarnada, tiene un bigote negro recortado y una perenne sonrisa dibujada en su rostro.

Tu Santo que no te olvida y que espera verte en acción de gracias.

SAN ANTONIO».



Unas lágrimas brotaron de los ojos de la madre, que quiso rápidamente ocultarlas.

—Hija mía... tiene gracia, ¿verdad?

—No, mamá, no; no tiene ninguna, mas no importa; hay gente que se divierte así.

—Bueno, Gabriel —dijo un joven de unos 25 años que acompañaba a éste—, ya es hora de que me digas tu gran secreto. Hemos llegado donde tu decías y estamos esperando.

—Pues verás... —y Gabriel contó a su amigo, con todo detalle lo que un día oyera a sus hermanas y lo que él hizo después escribiendo la consabida carta.

Cuando hubo terminado, rieron los dos durante un buen rato.

Gabriel parecía mayor que su amigo. Alto, bien parecido y vestido con un traje impecable que le daba un sello de distinción. Su sonrisa era como él dijo, «perenne», pero burlona y cínica. Como la de cualquier joven de estos modernos que exhiben orgullosos ese aire estudiado de petulancia y que se jactan de vividores consumados.

—Oye, Gabriel, ¿pero tú crees que acudirá?

—Casi seguro. Tú no conoces a las mujeres. Esta será una de esas bobaliconas ingenuas, de esas románticas que, si no llegan a creer —cosa posible—, en la autenticidad de la carta, al menos lo achacará a la Providencia y me tomará por el instrumento de algún milagro prodigioso. Pero el caso es que, como no se llegue hasta nosotros, no voy a saber quien es, pues no la conozco. De todas formas, si viene, tú desapareces y sigues a prudencial distancia la comedia.

Y si es que viniera, ¿qué es lo que vas a hacer?

—¡Ya lo verás, ya lo verás! Nos vamos a reír un rato largo.

Ni a su Padre espiritual hubiera podido explicar satisfactoriamente el por qué lo hizo. Al principio se sintió indignada, avergonzada y, si su voluntad lo hubiera per-

mitido, sus nervios la habrían impulsado a abofetear al autor o autores de aquella burla. Después la olvidó del todo.

Pero el domingo, sin saber por qué y movida como por una idea fija, salió a la calle dispuesta a acudir a aquella insensata cita.

Con un traje sencillo, aseado y limpio, María Luisa, que no era muy bonita, pero que poseía todo el encanto de una joven pura, se acercó sin vacilar, con aire de reina, donde la esperaba Gabriel.

—Buenas tardes.

—Muy buenas, señorita.

—¿Es usted el enviado de San Antonio?

—Ya veo que no tiene usted mala vista. El mismo.

—Bien, entonces acompañeme.

—Creo que tendré derecho a saber a dónde vamos, ¿no?

—Pues sí, claro que sí —contestó María Luisa, mientras andaban—. Primero vamos a visitar a una enferma, que vivirá, desgraciadamente, muy poco. Está desahuciada y ella ignora su gravedad.

Al decir esto no pudo contener unas lágrimas que no pasaron desapercibidas para Gabriel, quien no perdía detalle, pues la miraba constantemente. María Luisa continuó:

—Después iremos a visitar a nuestro Santo —y en esta palabra quiso dar a la entonación un poco de ironía.

IV

—Pase, pase por aquí.

—¿Quién viene, hija mía? ¿Es el médico?

—No mamá, es un joven de Acción Católica, que, enterado por el párroco de que estás enferma, como vocal de caridad, viene a hacerte una visita.

—No sabe usted cuánto se lo agradezco. Pero pase y siéntese.

Mudo, confuso, avergonzado,

penetró Gabriel donde descansaba la enferma. En aquel momento hubiera dado lo indecible por desaparecer de la faz de la tierra. Durante unos segundos, que a él le parecieron siglos, no pudo articular una sola palabra. Al fin se sobrepuso, y con una voz hasta entonces desconocida para él, preguntó a la enferma por su estado tratando de consolarla con frases incoherentes.

La madre de María Luisa debió adivinar la verdad; más se calló y aún trató de salvar aquella embarazosa situación, tomando la palabra.

—Vuelvo a repetir mi agradecimiento por la visita, y en pago rezaré por usted y por todos los jóvenes buenos de alma grande que ejercen la caridad. Si trae usted algo, no lo deje aquí, llévalo a otro enfermo más necesitado. Gracias a Dios, mi 'pobre María Luisa con su trabajo gana para las dos. Y ahora, María Luisa, acompaña a este joven y no lo entretengas más, pues tendrá que hacer aún algunas visitas.

—Sí, mamá, voy a acompañarle y en seguida vengo.

Casi temblando salió de la casa Gabriel. Tenía toda la sangre agolpada en su rostro y hasta sentía ganas de hacer lo que cuando niño, llorar.

—¡María Luisa, perdóname!

—Ya está perdonado —musitio ella—. Ahora le agradeceré que venga a hacer la otra visita que le dije antes.

Aquella tarde, como tantas otras, el templo solitario convidaba al recogimiento y a la oración.

Cuando Gabriel sintió la mano de María Luisa junto a la suya ofreciéndole agua bendita, se estremeció. Hacía seis años que no había pisado una iglesia.

Los dos se postraron de rodillas junto al Santo y María Luisa suspiró a media voz:

—¡San Antonio de Padua! Tú que haces tantos milagros, haz uno más con mi pobre mamá. No te he pedido nunca otra cosa, y es lo único que te pido. ¡Cúrala, San Antonio!

—¡Cúrala, San Antonio —exclamó al fin Gabriel, con palabras emocionadas—. Yo también te lo pido. Y perdóname, perdóname y haz que sea como antes. Como cuando vivía mi madre.

Siguió un momento de silencio en el que sólo se oía la dificultosa respiración de ambos. Nunca habrán estado más cerca dos corazones. Al fin salieron de la iglesia.

—Muchas gracias por todo; ahora ya puedo ir sola a mi casa. Que Dios se lo pague, y adiós.

—Aguarde, la acompañaré.

—No, gracias, se lo ruego. Mi mamá me espera. Adiós.

Como un autómatas, aplanado por tan intensas emociones, comenzó a andar Gabriel sin rumbo fijo.

V

—¡Gabriell, ¿pero de dónde vienes? —le preguntaron ansiosas sus dos hermanas—. Nos ha dicho la tía que has tenido la humorada de levantarte a las siete de la mañana y que has salido cabizbajo y serío sin decir palabra.

—¿Que de dónde vengo? —contestó éste en tono grave, cosa rara en él—. Muy pronto os enseñaré a vosotras cuál es el pecado de la murmuración y qué es ser cristiano de verdad; mas ya que me preguntáis que de dónde vengo, os diré que de confesarme y de empezar a hacerme digno de una novia que le he pedido a San Antonio.

GONZALO MARTÍNEZ LOSANTOS

LA PRINCESA RATITA

Hubo una vez un ratón, rey de su país. Tenía una hija: la Princesa Ratita, la más linda de las princesas, en opinión de su padre, que sólo la casaría, por tanto, con el más apuesto y poderoso de los príncipes.

Tomó informes a sus sabios consejeros le aseguraron que el mejor partido para su hija era el Sol, ya que sus rayos infunden la vida sobre la Tierra. El rey de los ratones visitó al Sol, exponiéndole los motivos que le inducían a verle, y le ofreció la mano de su hija.

El Sol, riendo, le guiñó un ojo y le respondió:

—Te lo agradezco mucho, pero yo no soy el ser más poderoso del Universo. La nube me supera en poderío; pues cuando me oculto tras ella se borra mi fulgor... Vete a ver la nube, hermanito.

Allá se encaminó el rey Ratón, y la nube le dijo emitiendo un suspiro:

—¡Oh, no! El Sol está en un error. El viento es más poderoso que yo, pues cuando sopla no puedo resistir su fuerza y no tengo más remedio que ir a donde él quiera. Vete a ver al viento, hermanito.

El rey Ratón le dió las gracias y fué en busca del viento. Rompió éste a reír con fuerza tal que hizo temblar a la Tierra, y dijo:

—¡No, no! Más poderoso que yo es la muralla que los hombres construyeron en China, ya que se opone a mi paso, haciendo vanos todos mis esfuerzos. Vete a ver la muralla, amiguito.

El rey Ratón descendió por la escalera del Cielo y se encaminó al pie de la muralla.

—¡Hum! —dijo ésta—. No soy yo quien goza de más poder. El ratón gris que vive en la cueva es

LA MAMÁ Y SUS VEINTICINCO HIJOS

Erase una niña de cabellos rubios, linda como un capullo que era el encanto de todos, pero que poseía un defecto, carecía de memoria. Incluso llegó a olvidar su nombre, «Rosita», lo que no fué óbice para que se hiciese mayor, se convirtiese en una joven encantadora y se casase con un joven apuesto. Rosita, ya señora casada ansiaba tener hijos. Visitó a una hada, quien la condujo a un espacioso jardín donde jugaban unos hermosos niños. Los había rubios, morenos y castaños. Rosita quería llevárselos a todos, pero el hada le dijo que aquello era imposible y que sólo podía darle veinticinco como máximo.

Rosita escogió, pues, veinticinco de entre ellos y, radiante regresó a su hogar. Los veinticinco nenes estaban contentísimos con sus papás. Escogióse un nombre para cada uno de los niños y Rosita se puso a tricotar veinticinco pares de calcetines, a coser veinticinco trajecitos y otras tantas camisas de fino tejido.

Pero Rosita era incapaz de retener los nombres de sus veinticinco hijitos. Consideraban éstos lo muy desagradable que era que se les llamase Pedro cuando su verdadero nombre era Pablo. Y decidieron visitar al hada para pedirle un consejo. Ella le entregó unas

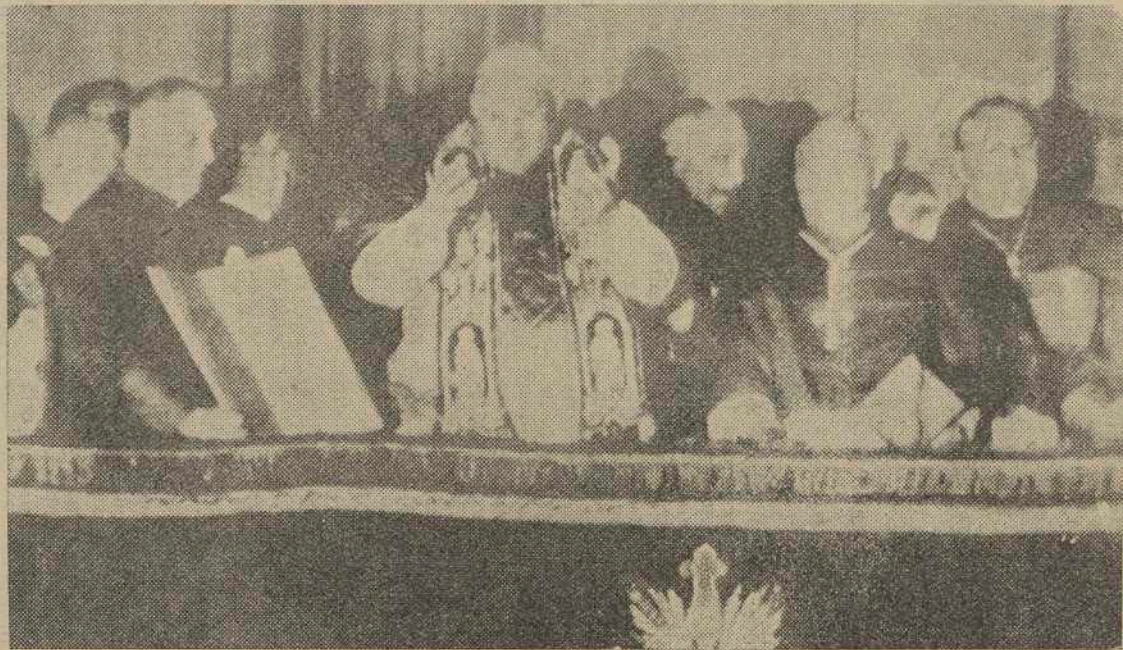
Pasa a la página 260

aún más fuerte que yo. Roe, roe incesantemente y terminará por conseguir que me desmorone. Vete a ver al ratón gris, hermanito.

Así lo hizo el rey Ratón, y acabó casando a su hija con un ratón. Y la princesa que ya se había fijado en el ratón gris, encontró excelente la idea.



Su Santidad el Papa Juan XXIII, Obispo de Roma, Vicario de Jesucristo, sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Sumo Pontífice de la Iglesia Universal, Patriarca de Occidente, Primado de Italia, Arzobispo y Metropolitano de la Provincia romana y Soberano de la Ciudad del Vaticano, elegido Pontífice Máximo de la Iglesia católica en la tarde del 28 de octubre y solemnemente coronado el 4 de noviembre del presente año



Poco después de haberse efectuado su elección, el nuevo Papa Juan XXIII, aparece en el balcón principal de la residencia vaticana para corresponder a las enervorizadas aclamaciones de la multitud congregada en la Plaza de San Pedro

PARA ELLAS



El cabello en la mujer japonesa

La disposición del cabello no sólo sirve, según parece, para indicar la edad de la mujer japonesa, sino también permite distinguir a las solteras de las viudas. Las muchachas que buscan esposo llevan un peinado muy alto por delante, se trenzan el cabello en forma de abanico o de mariposa y se lo adornan con cordones de plata o pequeñas bolas de colores; la viuda que desea un segundo marido se retuerce el cabello alrededor de una aguja de concha puesta horizontalmente detrás de la cabeza; y finalmente, la que quiere guardar fidelidad al difunto se corta el cabello muy corto o se lo peina hacia atrás sin ningún adorno.

¡Pobre Jesús!...

¡Pobre madre!...

Una buena señora está rezando sus últimas oraciones de la noche delante de un Crucifijo. De pronto parece que Cristo levanta su cabeza dolorida y pregunta:

—Buena mujer, tu hija no está ahí contigo.

—Señor, ha salido a pasear.

—¿Dónde está ahora?

—No le sé, Señor. Tal vez en el teatro.

—¿A qué hora volverá?

—Lo ignoro. Ella tiene la llave para entrar.

—¡Y tú eres su madre! Tú eres responsable de tu hija.

—Señor, los tiempos son otros. Las niñas son hoy más exigentes que antes. Cuántas madres católicas hacen lo mismo que yo.

Y Cristo calla y baja nuevamente la cabeza dolorida. ¡Pobre Jesús!...

Más cuando esa buena señora muera y sea juzgada. Cristo no bajará la cabeza.

¡Pobre madre!...

Niña, te es útil saber...

Que la ropa blanca expuesta al sol, regándola con un poco de agua de jabón de vez en cuando, se pondrá blanquísima.

Que si no quiere que salte cualquier clase de recipiente de cristal al echar agua hirviendo, deberá envolverlo antes con un trapo mojado en líquido caliente.

Que las abejas tienen muy mal humor cuando el tiempo es frío, lluvioso o hace mucho viento: ¡Cuidado con gastarles bromas!

Las siete maravillas del mundo

1.—Un niño que haya frecuentado el cine y que no haya perdido la inocencia.

2.—Una joven aficionada al baile y honesta.

3.—Un hombre que ama al mismo tiempo la taberna y la familia.

4.—Otro hombre que hable mucho de la redención del proletariado y ame el trabajo.

5.—Un libertino que no viva triste.

6.—Una mujer que no haya cortado el pelo, las mangas y la falda.

7.—Una «estrella» de cine, que no se haya estrellado.

Vida e Historia

En la comisaría

—Por esta vez queda usted en libertad; pero tenga entendido que no quiero tener que recibirle aquí de nuevo.

—Está muy bien, Sr. Comisario; pero empiece usted por advertírsele a los vigilantes.

La caridad

Recordemos las preciosas ideas de un poeta inglés:

Si un pajarillo caído,
con amor pone en su nido;
si un acto o palabra mía
llevó a un triste la alegría;
si una lágrima he enjugado;
si una pena he consolado;
si al pobre que auxilio implora,

tendí alguna vez la mano;
si al morir alguien me llora,
no habré vivido en vano.

Y las sentencias del monje Nardada en el cuento «Karma», de Tolstoi:

«Quien perjudica a los demás, a sí mismo se perjudica».

«Quien ayuda a los demás, a sí propio se presta ayuda».

«Cesad de consideraros como seres aislados y caminaréis por la senda de la verdad».

Cosas que nunca deben hacerse

1.^a — Lamentarse, lamentarse, lamentarse.

2.^a — Hacer muchos proyectos y no ejecutar ninguno.

3.^a — Esperarlo todo de un hombre providencial.

4.^a — Poner la confianza en lo que hagan los demás.

5.^a — Entusiasmarse con estos augurios: se dice... se espera...

6.^a — Esperar la resurrección del hundimiento de todo.

7.—Confiar en que Fulano oye unas misas.

8.^a — Criticar los desaciertos de los que actúan.

9.—Verlo todo negro y comunicar el pesimismo a otros.

10.^a — Poner la esperanza en las recomendaciones.

El cambio de un «punto y coma»

En los comienzos del reinado de D. Carlos de Portugal, el ministro de Justicia presentó al rey el expediente de indulto de un reo sentenciado a larga condena de prisión.

Al margen el ministro había puesto, como de costumbre, su propia opinión en el asunto, expresándola con estas palabras:

«Perdón imposible; que cumpla su condena».

El rey leyó la nota y como su ánimo se inclinaba a la clemencia y quería otorgar el indulto solicitado, borró cuidadosamente el «punto y coma» en el lugar en que estaba y lo cambió de sitio, dejando la frase así:

«Perdón; imposible que cumpla su condena».

Y a continuación de su puño y letra escribió:

«Concedido», y firmó.

El cambio de lugar del «punto y coma» le salvó la vida.

Ni los Alpes

Uno de los generales llegó al despacho de Napoleón. Este estaba planeando el ataque sobre un mapa de Europa.

—Mi general, es imposible; nuestras fuerzas sucumbirán al fin estrellados contra los Alpes.

Napoleón no se alteró. Cogió un lápiz y echando un borrón sobre el mapa, respondió sereno:

—Entonces que se quiten los Alpes.

¡Cuántos picos podrías vencer tú con tu sangre vigorosa y con tu constancia invencible!



La mamá y sus veinticinco hijos

(Viene de la página 255)

redes para cazar mariposas y unas cajitas diciéndoles:

—Por el aire vuelan pedacitos de memoria, difíciles de atrapar por carecer de color. Probad a darles caza con las redes y los entregáis a mamá.

Partieron los niños a la caza de los pedacitos de memoria sin resultado práctico. Al llegar la noche estaban tan cansados y entristecidos que se echaron a llorar y sus lágrimas se vertieron en las cajitas.

Al verlos regresar, su mamá sintió tal alegría que olvidó reprender a sus desobedientes hijitos. Les preguntó por el contenido de las cajitas.

—Nada —le contestaron los pequeños.

—Pesan mucho para estar vacías.

—Es que hemos llorado porque te olvidas de nuestros nombres —dijo Pedro.

La mamá encerró las cajitas en su armario. Y, durante la noche, las lágrimas se transformaron en pedacitos de memoria. Al día siguiente la mamá recordaba los nombres de sus veinticinco hijitos y nunca más los olvidó.

LOS CORDERITOS PERDIDOS

Tres niños cuidaban, en el monte, de los corderos que les habían confiado sus padres. Se llamaban aquellos niños; Juan, Pedro y Joaquín. Una mañana se dieron cuenta de que tres corderitos habían desaparecido del redil. Juan, que era el más juicioso, dijo a los otros: «Corred en su busca por los linderos del bosque. Entretanto, yo guardaré el ganado».

Pedro y Joaquín se alejaron presurosos, registraron el bosque durante toda la mañana y regresaron al mediodía desfallecidos de hambre y cansancio, sin haber dado con sus corderos.

—¿Qué haremos? —preguntó Joaquín llorando desconsoladamente.

Meditó Juan un momento y dijo:

—Hemos de pedir a Dios que haga un milagro.

—¿Qué es un milagro? —inquirió Pedro, el más pequeño.

Es lo que ocurre cuando interviene Dios en los asuntos de los hombres para solucionarlos —dijo Juan—. Todos los días hay enfermos que sanan, niños perdidos

que son hallados... También podría suceder con los corderos...

—Entonces, hay que pedirlo en seguida —exclamó Joaquín, el más impaciente de los tres.

Se incaron de hinojos para suplicar que los corderitos volviesen al redil y, al anochecer, se durmieron en un montón de paja.

A medianoche los corderos comenzaron a salir del establo y los niños fueron despertados por una luz deslumbradora hecha de alas de ángeles entrelazadas.

Luego un angelito entreabrió la puerta y, tomando a los niños de la mano, los lleva por un sendero bañado de luz hacia un establo donde, en su lecho de paja, reposaba el Niño-Dios.

Los acogió el Divino Infante con una sonrisa y los tres corderitos perdidos arrodillados junto a Jesús, se acercaron a lamer las manos de los tres pastorcitos. Hete aquí que la luz palideció y se esfumó la cunita, y los rapaces se encontraron otra vez en su aprisco y junto a ellos, los tres corderitos se ovillaron en la paja.

Quando alguien te diga: **TODAS LAS RELIGIONES SON BUENAS** tú le responderás:

1. — *Prácticamente procedéis como si ninguna lo fuera, puesto que no tenéis ninguna.*

2. — *La religión es una deuda hacia Dios: ¿Hay varias maneras de pagar las deudas?*

3. — *¿Acaso todos los billetes de banco son buenos?*

4. — *Si lo que queréis decir es que todas las religiones tienen algo de bueno, estamos de acuerdo; en este caso, prefiero a un mahometano antes que a vosotros; él, por lo menos, cree en algo y practica una religión.*

5. — *Si lo que queréis decir es que todas son verdaderas, no podemos ser de vuestra opinión: La verdad es una.*

6. — *¿Acaso todos los trenes conducen a un mismo sitio? Asimismo, para ir a Dios no hay más que un camino: El que El mismo nos ha trazado.*

Una estampa de la Virgen

Sali de la iglesia y comencé a rezar el Breviario. Un enjambre de chiquillos de poca edad y menos estatura se acercaron, formándome un semicírculo, llenos de curiosidad.

Una ráfaga de viento hizo volar una estampa de la Virgen, que tenía como señal en el libro, y que fué a posarse sobre la verde hierba.

Tan pronto como los niños se dieron cuenta corrieron a tomarla. Uno de ellos, más vivaracho, la tomó entre sus dedos, sin saber que hacer. Los demás se amontonaron para verla mejor. Empezaron los comentarios más disparatados: «Mira que señora tan guapa. Tal vez sea la madre del Padre, y este niño que tiene en los brazos será el Padre cuando era pequeño...»

Ante esta salida tan disparatada, solté la carcajada y cerré el Breviario.

—Escuchad — les dije — Esta hermosa Señora es mi Madre y también vuestra.

Y a continuación les expliqué la significación. Después, dirigiéndome al niño que la recogió, le dije:

—Tú que la has alcanzado, ¿cómo te llamas?

—Njoroge...

—Pues la estampa para ti. Colócala a la puerta de tu choza y encomiéndate a ella a menudo.

Dos meses más tarde, una mujer pagana vino a llamarle, pues tenía un hijo enfermo y quería verme. Le rogué que esperara un poco; pero tanto insistió la pobre mujer que no tuve más remedio que seguirla.

Varias veces había pronunciado el nombre de Njoroge; pero yo no presté atención, porque los Njoroge abundan en esta región.

Llegado a la puerta de la choza fuí saludado por una vocecilla que decía:

—Padre, que bien haces en venir. Hace muchos días que estoy suplicando a mi madre que fuese a buscarte...; yo no puedo más...; siento como si tuviera fuego en la cabeza, como si una mano fuerte me apretase la garganta, y no puedo respirar; me siento morir.

—Y bien, Njoroge, ¿qué quieres de mí?

—¿Tú no te acuerdas de las palabras que me dijiste cuando me diste la estampa? Yo la he puesto en aquel sitio para que sea la dueña de la casa. Todos los días y muchas veces al día me paro delante de Ella para decirle: ¡Oh Madre, qué feliz sería si pudiera



LA CORUÑA. -- La Juventud Antoniana, con su Director Fr. Mariano Cid, celebra el acto de la solemne bendición del Salón de Juntas

verte y tenerte por Madre mía!... Padre te lo ruego, hazme hijo suyo...

Durante esta escena la madre del pequeño me miraba estupefacta no sabiendo de que se trataba, y yo me hallaba casi en el mismo estado. Después el recuerdo de la estampa acudió a mi mente, dándome la solución de lo que había oído. ¿No se trataba acaso de un milagro del amor maternal de María, que quería añadir a su corona esta otra perla, humilde florecilla del bosque?

Necesité poco tiempo para preparar esta alma en la cual había

trabajado la misma Reina del Cielo, y derramando el agua regeneradora sobre su frente le puse el nombre de Consolado, nombre que me brotó de los labios sin reflexionar siquiera. ¿No era este hijo una conquista de la Madre de toda consolación? ¿No moría consolado y con el corazón satisfecho?

Y en el cielo, ¿no había sido consolado cuando un mes más tarde su madre terrena se preparaba en la Misión, pudiendo ser inscrita entre los catecúmenos para morir con la misma felicidad que su hijo?

GRATITUD A S. ANTONIO



Agradecidos a San Antonio. envían limosnas para el PAN DE LOS POBRES los siguientes bienhechores:

Salbatierra, Adela Groba, 25 pesetas.—*Ordenes*, Elida Veiga, 25.—*Madrid*, Dolores Tato, 25.—*Orense*, Alberto Platero, 30.—*Lalín*, Pura Rozas de Balado, 35; Una devota, 20.—*Palmou*, María Taboada, 25; Elvira Crespo, 10; Luisita Blanco Taboada, 2.—*El Grove*, José Fernández, 100.—*Sidi-Ifni*, E. Rodríguez, 100; Francisco Martín, 100.—*Puerto del Son*, Rosa Chouza, 50.—*Chayán*, Consuelo Rendo Costa, 40.—*Gonzar*, María Ramos, 5.—*Cacheiras*, Carmen Campos, 10; Mercedes Cela Landeira, 25; Manuela Vázquez, 5.—*Bandeira*, Balbina Orosa, 10.—*Santa Comba*, a intención de Cecilio Capeáns, 15; Una devota para que San Antonio le siga protegiendo, 10; Envío 25 pesetas para el Pan de los Pobres en agradecimiento de haberme conseguido San Antonio un piso para mi hija, D. T.—*Obiedo*, María Teresa G. de Jurista, 75.—Una devota de Calvo 20 pesetas para el Pan de los Pobres.—*Codesido Lojo de Santiago*, 125 pesetas para el Pan de los Pobres; *Taboada*, Manuela Blanco Vilariño, 100.—*Los Angeles*, Dolores Rodríguez de Torreira, 25; Maximina Cabo, 65; Carmen Troncoso, 5.

Para la BECA SACERDOTAL-MISIONAL DE SAN ANTONIO, envían limosnas:

Una devota (Betanzos), 1.000 pesetas; D.^a Carmen Seijas (Santiago), 100; Un ex-alumno franciscano, 500; D.^a Elisa Rajoy, viuda de Cotos (Santiago), 500; Una devota (Betanzos), por mediación del P. F. Blanco, 1.500; Amparo Eiján (Sanclodio), 28'60; Una devota de San Antonio, 50; Otra devota (Santiago), 25; María Soto (Portomouro), 100; Socorro Fandiño (Betanzos), 25; Obdulia Dominguez (Santiago), 25; Jenaro Delgado (Malpica), 75.

Y para la de NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA:

Una devota (Valladolid), 500 pesetas.

Los niños y

S. Antonio



CONCURSO N.º 36

3 PREGUNTAS 3

- 1.ª *¿En qué año y dónde nació el Papa Juan XXIII?*
- 2.ª *Diocleciano, ¿qué persecución desencadenó contra la Iglesia?*
- 3.ª *¿San Antonio es francés, español, portugués o italiano?*

Premio (Como el mes anterior).

Condiciones: Como en números pasados.

De cuando S. Antonio besó al Niño Jesús

Antonio se hospeda en casa de un caballero noble. Este le asigna una pieza apartada del común trajín del palacio, al objeto de que el Santo pueda vacar tranquilamente al estudio y a la oración.

Antonio se halla recogido en alta contemplación divina. Y he aquí que al dueño de la casa le pica la curiosidad. Mira hacia dentro por el agujero del cerrojo. ¡Dichosa curiosidad!

En los brazos de Antonio ve un bellísimo Niño, que besa el Santo con amor de serafín, y queda extático con-

templando en su rostro la gloria misma del cielo.

Desaparecida la visión, el Santo prohíbe al dueño contar a nadie lo que ha visto, hasta que haya muerto.

Después de la muerte del Santo, el testigo de este prodigio refiere en público el suceso con lágrimas de ternura y devoción...

Si queréis, niños, merecer las caricias de Jesús, sed puros e inocentes como lo era San Antonio.

CONCURSO N.º 35

Respuestas exactas:

- 1.ª 2 de agosto de 1902.
- 2.ª Alfonso IX, rey de León, padre de San Fernando.
- 3.ª El número 263.

Han enviado soluciones exactas: Emilio Calvo Pan (Buño), Jesús Carrera Santana (Ginzo de Limia), Manolito Rosende (Lugo) y María Paz Suárez (Vigo).

Efectuado el sorteo vióse agraciado con el Premio el niño Emilio Calvo Pan, de Buño, a quien enviamos hoy mismo el precioso rosario de nácar de Tierra Santa, tocado al Santo Sepulcro.



Bocadillos

DE RISA

PARA NIÑOS DE 5 A 95 AÑOS

Andaluzada

Estaba un regimiento hospedado en un pueblo, y, al salir de él, notó el hospedero que del corral faltaba un pato. Sale al encuentro de la tropa, y encarándose con el capitán le dice:

—Me han robado un pato; a ver quién de esos se lo lleva.

Un soldado andaluz responde:

—Yo lo tengo, señó, pero no lo he robado, porque es que al pasar por el corral me salieron al encuentro preguntándome: «cua, cua, cua», y yo respondí: cuarquiera, cuarquiera, y agarré uno.

Enfrente de...

Dos golfillos son llevados a la comisaría, donde le preguntan a uno de ellos:

—¿Cuál es tu domicilio?

—Yo no tengo domicilio —contesta.

—¿Y el tuyo? —pregunta al otro.

—Yo vivo enfrente de éste.

No esperes

La madre. —Enriqueta, eres muy mala y si no te corriges te encerraré en el gallinero.

La niña. —Haz lo que quieras, mamá; pero no esperes de mí que ponga huevos.

Lección de gramática

—¿Cuál es el sujeto de una oración?

—No lo sé.

—Fíjese usted bien. «Yo navego en un barco de vela». En esta oración, «yo» es el sujeto. ¿Ha entendido usted bien?

—Sí, señor maestro?

—Bueno, pues diga usted; ¿qué es el sujeto?

—Un señor que navega en un barco de vela.

En un examen

Un grupo de señoritas educadas en un colegio de monjas, daba su examen ante una comisión, compuesta de examinadores descreídos.

—¿Sabría usted decirme por qué crió Dios primero a Adán y luego a Eva? —pregunta un examinador a una joven, que parecía más tímida y encogida que las demás.

—Porque, cuando se hace una obra maestra, primero se hace en el borrador —contesta maliciosamente la joven.

En la Audiencia

—Ya veo, procesado, que usted no ha cambiado nada.

—No mucho, Sr. Juez, y usted también está muy bien conservado.

Índice de las materias contenidas en este tomo

Editoriales: ¿Abrazaría así San Antonio al Niño Jesús?, página 1; ¿Miraría así San Antonio al Niño Jesús?, 25; ¿Besaría así San Antonio al Niño Jesús?, 49; San Antonio, mirando para sus manos, 73; S. Antonio, cantor de María, 97; El Sagrado Corazón de Jesús y San Antonio, 121; Podemos, 145; Si volviere San Antonio, 173; Ven, de nuevo, Antonio, 197, Dolor y esperanza, 221; Invitación a la felicidad, 245.

Actualidades: Y ¿tú, incrédulo?, 6; Diálogo del Satélite y la Estrella, 6; Déficit de ternura, 15; Oración del Papa para el centenario de Lourdes, 18; Guerra al gamberro, 39; ¿Qué es vivir a la Iglesia?, 54; La luz, 55; La clave del Santo Rosario, 56; El culto del feísmo, 103; Lourdes, la capital mariana de la plegaria, 107; Decálogo del padre, 112; Seamos educados, 113; El caso de la ex-emperatriz Soraya, 113; La niña Yolanda y su gorrión, 115; Dios en la Exposición, 125; Ordenanzas estivales, 129; 3 sentencias chinas, 130; Letanía reparadora por los comerciantes, 134; Examen de reválida de religión, 149; Oración del automovilista, 151; La lengua de Bernardita, 153; Nuestra pequeña felicidad, 177; La educación desaparece, 179; Los padres, 181; Dos cartas, 183; Uno y el prójimo, 201; ¿Qué es el cine?, 203; La cortina de Dios, 204; La mejor marca de España, 207; Fechas principales de la vida de Su Santidad Pio XII, 222; Así era S. S. Pio XII, 223; El jefe de los frailes, 249.

Franciscanismo: El sucesor de San Francisco en Santiago, 76; San Francisco y el hermano deporte, 80; Franciscanismo de Cabanillas, 87; El franciscanismo de Lourdes, 127; El hermano dinero, 151; Música franciscana, 153; La Porciúncula, 162; ¿Qué fué San Francisco?, 180; Así dialogaban San Francisco y Santa Clara, 205; Espíritu franciscano de S. S. Pio XII, 227.

Antonianas: La liebre de San Antonio, 4; San cosas de San Antonio, 27; Diálogo en Lisboa, 75; San Antonio apedreado, 99; ¿Policía San Antonio?, 123; El primer milagro de San Antonio, 147; No-do antoniano, 175; 199; Luces antonianas, 247.

¿Es este su caso?: Indulgencias?, morir, murió Judas?, otros casos, 16, 17, 18; Mujer de hoy, otros casos, 63, 64; Soy protestón, dudo de los milagros de Lourdes, otros casos, 81, 82, 83; Institución de la misa, amor sensible, otros casos, 110-111; Ayuno eucarístico, otros casos, 135-137; Deseos de casarme, otros casos, 163-165; ¿Leerá Gide y Sagan, otro caso, 187-188, Todas las religiones son buenas, 261.

Vida e historia (curiosidades, anécdotas, etc.): Saber para vivir, 8; Así ora un pueblo, otras curiosidades, 154, 155; El co-

mercio y el abastecimiento de Lourdes, 156; ¿Quiere usted que Dios bendiga sus negocios?, 157; El que no sabe, aprende, 202; Cómo duermen los animales, 209; Ciencia y arte en la garganta de las aves, 212; Revelaciones del tiempo, 213; Las siete maravillas del mundo; En la comisaría; La caridad; Cosas que nunca deben hacerse; El cambio de un «punto y coma»; Ni los Alpes, 259-260.

Para ellos: Un Antonio, joven y héroe, en Iñi, 31; Su última oración, 32; Los novios, 37; Caminos de fe, 59; Libranos, Señor, de la mediocridad, 105; La araña insensata, 132; ¿Sabes distinguir entre amor y amistad?, 161; Los jóvenes, 211.

Para ellas: Carta a una reina de belleza, 9; Consejos para solteritas, 14; Los novios, 37; Caminos a desandar, 62; La amistad, 79; Oración de la juventud femenina (Pío XII), 106; La araña insensata, 132; Consejos de una mujer a otras mujeres, 160; Todas iguales, 186; ¡Mi mamá, qué exigente!, 215; El cabello en la mujer japonesa; ¡Pobre Jesús!... ¡Pobre madre!... Niña, te es útil saber...; 258; Una carta y un novio, 251-254.

Página literaria: Jesús hermano, 12; Pensamientos, 56, 57; Campanas de Compostela, 152; Glosa a la Virgen, 153; Manos sacerdotales, 158; Página de la madre, 159; Temor de amor, 210; Una señal de amor, 210. La visita de las arañas, 250.

Mi novelita del mes: El capuchino, 19; Los informes, 41, 66, 90; Un sermón de Padre Santerco, 138; La tentación del hermano Plácido, 166; La misa de S. Electos, 190; El expediente de la ilusión, 214; Recordando un corazón hermoso, 239; Una estampa de la Virgen, 262.

Variedades: Grandes fechas del Centenario de las Apariciones de Lourdes, 3; ¿Será verdad?, 10; Los derechos del niño, 11; Pio XII y la Virgen, 29; Un Antonio héroe en Iñi, 31; Los millonarios, 33; ¿Bastará con dormir tres horas?, 34; La mucamita, 40; Última pena de San José, 51; Dios es amor, 65; Seis florecillas, 65; Con techo no habrá..., 74; Mater purísima, 98; También los apóstoles se agotan, 101; ¿Cuál será el hombre más feliz?, 102; El Estado más tranquilo de la tierra, 126; Lo bueno de los demás, 206; La princesa Ratita, 255; La mamá y sus veinticinco hijos, 255; Los corderitos perdidos, 261.

Pan de los Pobres: 22, 46, 70, 94, 118, 142, 170, 194, 218, 242 y 264.

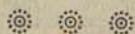
Los niños y San Antonio: 21, 45, 69, 95, 117, 141, 169, 193, 217, 241 y 265.

Bocadillos de risa: 23, 47, 71, 93, 119, 143, 171, 195, 219, 243 y 266.

Administración

Si no recibe V. nuestra Revista, recuerde como anda de pago.

De aquí salen todos los números con regularidad; si le falta la revista alguna vez, pregunte a su cartero.



La suscripción para el año 1959, es de 25 pesetas.

El pago es adelantado. El medio más seguro de abono es el giro postal. Nunca por carta.



Los que pidan cambio de dirección deben abonar 3 pesetas o sellos por su valor, para compensar gastos que origina la operación.



Los números sueltos se cobran a 3 pesetas.



No es lícito devolver un reembolso sin abonar los números servidos desde el último pago. Cuando se devuelve una revista se acompaña el abono correspondiente. Lo contrario es una defraudación culpable.



Quando nos envíen suscripciones, procuren que vengan muy claros los datos, sobre todo, nombre, apellidos y pueblo.



DISPONIBLE

EDITORIAL DE EL ECO FRANCISCANO

Confecciona con rapidez y esmero toda clase de trabajos de imprenta.

Cartas timbradas, tarjetas, facturas, estadi-
llos, estampas, programas, etc.

Impresión de obras en español, inglés,
francés, italiano y portugués.

Edición de Revistas: **El Eco Francisca-
no, Aquí, San Antonio, Al Servicio
de Cristo, Unión Misional Francisca-
na, Seráfica, Apostolado Pro-Fátima**
y otras publicaciones.

Las casas más exigentes en presentación
y seriedad, son clientes de esta Editorial,
la mejor surtida en Galicia.

Para encargos dirijase al

Administrador de EL ECO FRANCISCANO
Santiago de Compostela